



Un mar de historias

I.

Hace unos meses un extraño se presentó en casa sin llamar a la puerta, se filtró a través de la pared y desde ese día intento protegerme con capas nacaradas. Las semanas avanzan y a la vez que pierdo salud, su belleza aumenta; no sé cómo saldré adelante, ni qué puedo hacer para combatir a este maldito parásito. Tengo sentimientos enfrentados ya que su belleza me fascina, pero al mismo tiempo, me mata lentamente.

Esta mañana he sentido una gran una fuerza que arrastraba mi cuerpo fuera del agua. Ruedo por la arena y todo mi ser es empujado hasta la superficie. No puedo respirar.

II.

—Teo, es él.

—Jose, ¿cómo ha podido suceder esto? —contestó Teodoro, mientras miraba el cadáver de su amigo Pedro encallado en la orilla de la playa.

Todavía recordaba la ilusión con la que habían emprendido aquella travesía hacía más de cien días. A varios compañeros de Lekeitio les habían ofrecido viajar en una embarcación rumbo a Veracruz, México, a cambio de una recompensa irrechazable. La Guerra Civil que en esos momentos azotaba crudamente les empujó a aceptar el viaje sin ni siquiera conocer la mercancía que transportarían.

Toda la tripulación del “Vita” esbozó una gran sonrisa cuando alcanzaron las costas mexicanas. El buen tiempo les había acompañado durante la navegación y habían llegado sanos y salvos a su destino. Sin embargo, cuando estaban a punto de entrar en el puerto de Veracruz, un despiste de Gregorio, el engrasador del buque, hizo que Pedro cayera a la mar. Rápidamente varios marineros se lanzaron a salvar a su compañero, pero este esfuerzo fue en vano; parecía como si Pedro hubiera sido atrapado por aquel oleaje azteca. Una vez en tierra, Jose y yo informamos del accidente y comenzamos la búsqueda de Pedro.



Y ahora lo teníamos delante de nosotros. Aquel hombre enérgico y lleno de ilusiones horas antes, ahora permanecía inmóvil y sin vida cubierto de vegetación marina y arena.

—Debemos enviarlo de vuelta a casa —le comenté a mi compañero.

Mientras contemplábamos esta dramática estampa, un hombre bien vestido se dirigió a nosotros.

—Mi nombre es Indalecio Prieto. En primer lugar os quiero agradecer en nombre de la III República la operación marítima que habéis llevado a cabo al poner a buen recaudo nuestras arcas en estas tierras. Y lo segundo, lamento terriblemente la pérdida de vuestro compañero: los gastos de la repatriación del cuerpo corren por nuestra cuenta y además, a su llegada será recibido como un héroe de la III República.

III.

La terrible noticia de la muerte de mi padre había calado muy hondo en el pueblo, y todos fuimos a recibirlo al puerto. Mientras miraba a los marineros vestidos de uniforme que portaban el féretro cubierto con la bandera tricolor, pensé: ¡Ay, si aita hubiera visto esto, con todo lo que luchó a favor de la República!

Había llegado el momento de ver a mi padre por última vez. Mi madre no quería que lo viera, decía que con solo 13 años no estaba preparado para esa situación y que prefería que recordara a aita como era en vida, pero yo siempre fui muy cabezota. A pesar de los lagrimones que corrían por mi cara, me armé de valor y cogí lo que había en el abultado bolsillo de aquella camisa que tanto le gustaba a mi padre.

Lo que me encontré fue una concha de aspecto mugriento, pero que en su interior contenía una preciosa perla. La guardaría tal cual; aquella concha me recordaría todos los días lo dura que puede ser la mar y lo maravilloso y bello que puede ser navegar.



IV.

Llevo toda la vida dedicada a la mar, he sido marinero hasta mis últimos días y ahora que una enfermedad mortal invade mi desgastado cuerpo, recuerdo lo importante que ha sido para mí el Cantábrico. Hemos podido vivir gracias a la pesca toda la familia: yo salía diariamente a faenar, cuando el temporal lo permitía, y Juli se quedaba en el puerto con el resto de las mujeres remendando las redes que se estropeaban. Es cierto que la mar me ha quitado muchas cosas, perdí a mi padre, a varios amigos y también perdí tiempo para pasar con mi hija Arantza.

Arantza siempre ha estado vinculada a la mar, igual que nosotros, pero teníamos muy claro que ella no le dedicaría su vida, sería la primera de la Familia Burgaña con estudios y podría elegir su propio camino. Ella no compartía esta decisión familiar y cada día iba a la escuela de secretariado a regañadientes diciendo que quería quedarse en el puerto con todas sus amigas.

Siento que llega mi final. Es hora de legar la concha que me ha acompañado día a día a mi hija.

V.

Mientras Don Miguel echa las cenizas de mi padre a la mar, toco la concha guardada en mi bolsillo y recuerdo el momento en que aita me la regaló y me contó su significado. Ha llegado la hora de devolverla a su origen y que regrese a la mar, así aítite y aita podrán disfrutar de ella.

Yo buscaré mi propia perla.